





*Nunca es demasiado tarde para ser
lo que deberías haber sido.*

Rabindranath Tagore



Hari camina por el sendero de tierra anaranjada que une el poblado con el desvío que lleva a la carretera que conduce a Anantapur. Hace calor. Los jóvenes árboles que él mismo ha ayudado a plantar, apenas dan sombra. Al pasar por los campos de cultivo, todos los que le ven le saludan y le desean buena suerte. Es la primera persona del poblado que va a estudiar a la ciudad.

Cada paso le aleja del mejor mundo que ha conocido, donde se siente querido y feliz, y le acerca a la nueva vida que le espera rodeado de extraños, pero está seguro de que por muy distinto que sea todo, no será como el contraste que vivió cuando llegó al poblado tras abandonar su aldea nata.

En la parada del autobús, se sienta en el banco bajo el techo de cañas resecas, deja la mochila en el suelo y mientras espera, piensa en la expresión de las caras de sus padres al despedirle, una mezcla de temor y orgullo, y de confianza en la de su anciano maestro. Todos han depositado muchas esperanzas en él y espera no defraudarles.

Mira en todas las direcciones algo impaciente, luego, sus flamantes deportivas —y elimina unas motas de polvo del camino—, los primeros pantalones largos y la camisa que le ha confeccionado su madre para la ocasión; sonrío satisfecho, aunque se siente algo incómodo. En el internado tendrá que llevar un uniforme, así que no le queda más remedio que ir acostumbrándose, igual que a andar con los pies encerrados.

Una nube de polvo y el sonido desafinado de una bocina rompe la quietud que le rodea. Sube al autobús con el corazón acelerado. No hay ningún asiento libre y se queda de

pie detrás del conductor porque es un buen sitio para no perderse nada.

El paisaje es monótono y solo se ven un par de hombres en bicicleta, otro andando y un campesino en un carro tirado por búfalos; cuando llega al final del desvío el panorama es un poco más animado, pero al adentrarse en la carretera principal siente como si navegara por un río en que las aguas fluyen en dos direcciones, ocupando el cauce por completo. Observa la variedad de vehículos y personas de todas las edades, sexos y condición que circula en un caos asumido y feliz. Le da la impresión de que los choques frontales son inevitables, pero no es así: siempre hay un conductor que se desvía y lo evita en el último segundo. La primera vez que hizo ese recorrido, se quedó perplejo. Ahora está en disposición de fijarse más en todos los detalles y no quiere perderse nada.

El espectáculo a ambos márgenes no es menos interesante. Mientras unos descansan o defecan, otros se lavan en una fuente o toman un té en la cantina, una gran tetera abollada sobre una losa de piedra. Los barberos ejercen su oficio bajo un árbol donde cuelga un espejo roto y el cliente se sienta en un desvencijado sillón.

A Hari le gustaría hacer ese recorrido andando; lo encuentra apasionante, porque no puede ser más distinto al que realizó con sus padres, tan solo hace tres años, rodeados de la más absoluta soledad con la única excepción de Narayan que apareció cuando más perdidos estaban. Aún le parece mentira que pudieran sobrevivir a semejante aventura.

No es fácil adelantar y las vacas plácidamente sentadas en medio de la calzada, provocan atascos. Los baches le hacen botar a menudo y algún que otro frenazo lo obligan a agarrarse fuerte para no caerse. Las ventanillas van abiertas y por ellas le llegan los sonidos, los olores, la energía de cuanto le rodea.

Al llegar a su destino, baja del autobús y se queda un rato parado en medio de la muchedumbre. Recuerda las indica-

ciones que le ha dado Rakesh y se pone en marcha lentamente mientras va tomando conciencia de la nueva realidad que fluye a su alrededor. Espera adaptarse lo antes posible, pero son tantas las novedades que teme agobiarse un poco.

La zona donde se encuentra el internado es tranquila y señorial, el edificio que lo alberga también. Durante unos minutos se queda parado justo delante. La incertidumbre revolotea por su estómago y agudiza la habitual presión en su garganta, pero no le da tiempo para que se apodere de él porque cree que por mal que vayan las cosas, suponiendo que algo vaya mal, nada será peor que lo que ya ha vivido. Lo que parecía un sueño es la realidad y sus primeros años de vida, una pesadilla.

Ve entrar a unos jóvenes alegres y despreocupados. Luego, acompañado del que seguramente es su padre, a un chico con cara de novato, como él, solo que con el aspecto de los que jamás ha necesitado nada.

Al final se decide a entrar y empuja la verja que protege el inmenso jardín que rodea el edificio. Cruza el sendero, siente el verdor, escucha los pájaros, respira cierta solemnidad. Un hombre mayor en la puerta le saluda y le pregunta amablemente su nombre. Luego, le da la bienvenida, le dice el número de su habitación y cómo llegar a ella, y añade:

—A la una tenéis reunión en la biblioteca; oirás tocar la campana. Es esa puerta grande a la derecha.

Hari asiente y le da las gracias; le cuesta unos segundos empezar a andar. Entra en el enorme vestíbulo de altos techos y paredes ricamente decoradas que le hacen sentir más bajo, casi una hormiga; va hacia la amplia escalera por la que ha de subir para alcanzar su cuarto sin atreverse a mirar a los jóvenes con los que se cruza y cuando está poniendo su pie en el primer peldaño, escucha su nombre.

—Hari, bienvenido. Es para mí un honor tener un alumno del que mi amigo Rakesh está tan orgulloso.

Es Navya, el director del Centro; lo reconoce de breve visita que le hizo hace ya tiempo para darle saludos de parte de Rakesh. Pero esta vez, envuelto en una túnica blanca en medio del amplio y lujoso vestíbulo, le produce tal impresión que apenas puede decir nada:

—Gracias, señor —articula después de un par de segundos. Navya lo mira complacido.

—Estoy a tu disposición para todo lo que sea necesario. Deseo que tu estancia aquí sea beneficiosa y feliz.

—Espero no tener que importunarle mucho.

—Es grande el paso que estás dando. Sin duda eres un valiente, pero los valientes también sienten miedo, como los demás, solo que lo afrontan y siguen adelante.

—Lo tendré en cuenta.

El director mueve la cabeza y, como para quitarle importancia a las palabras que acaba de pronunciar, añade:

—No sé si habrá llegado tu compañero de habitación. Es otro becado como tú por la Fundación, alumno de segundo y ya familiarizado con las normas; seguro que será de gran ayuda para ti.

Sin decir mucho más, desaparece tal como ha venido y Hari sube las escaleras, intentando no tropezar. Nervioso, camina por el amplio pasillo y llega a su habitación. Llama con los nudillos con poca energía y al no escuchar respuesta, entra. Se encuentra una estancia más que suficiente para dos personas: un gran ventanal al fondo, a la derecha, dos camas separadas por una mesilla y una lámpara. En frente, una larga mesa con dos sillas, dos lámparas y dos estantes en la pared. Junto a la puerta, dos armarios idénticos; en un rincón un lavabo y un espejo. Todo un lujo. *¡Si mis padres vieran esto!*, piensa.

Deja la mochila en el suelo y se dirige directamente a la ventana que da al jardín porque necesita respirar hondo. Se vuelve para mirar las camas pensando que va a ser un tormento si tiene que dormir ahí, pero que ya se acostumbrará si es preciso. De pronto se abre la puerta.

—¡Hola, ya estoy aquí! —dice alguien a sus espaldas, que de inmediato añade—: Me llamo Mahesh ¿y tú?

Hari se vuelve y se encuentra con un joven más o menos como él, de aspecto alegre, sudoroso y con el pelo revuelto. Al principio no sabe qué decir, pero pronto contesta con lo lógico:

—Hola, soy Hari.

—Veo que no has elegido cama. La verdad es que prefiero la que está más cerca de la ventana porque los árboles me recuerdan mis bosques de alguna manera.

—A mí me da igual. Lo que me agobia es el techo. Más cerca de la puerta estaré bien por si tengo que salir corriendo.

De pronto, ambos ríen como si llevaran tiempo conociéndose y eso tranquiliza a Hari.

—Voy a darme una ducha rápida antes de que toque la campana. Llevo varios días andando, ¿sabes? No soporto los autobuses ni nada parecido.

A Hari le parece fantástico. Un chico con manías. Seguro que acepta las suyas. Se sienta encima de la cama, da unos botes, sonrío, vuelve a mirarlo todo. Se pone de pie, va hacia la ventana y mira los árboles. Tiene el corazón acelerado y un cúmulo de nuevas sensaciones le pesa en el estómago.

Minutos más tarde aparece Mahesh con el pelo chorreando, envuelto en un lienzo blanco. Apenas se ha puesto ropa limpia, se oye el toque de campana.

Cuando entran en la biblioteca, Hari siente miedo de que vuelva a ocurrirle lo mismo que la única vez que ha estado allí, pero no pasa nada. Es como la recuerda, enorme, con estanterías de pared repletas de libros hasta el techo. En lo que no se había fijado es en la parte frontal, totalmente forrada de madera en la que está grabado el mapa de la India. A la derecha, la bandera azafrán, blanca y verde, con el círculo azul de veinticuatro radios en el centro: la rueda de la ley.

Los alumnos nuevos con los que van a segundo se conocen, reconocen, saludan y presentan, formando una pequeña algar-



bía que desaparece con la entrada de Navya. Sube a la tarima y se coloca frente a todos con las manos relajadas, apoyadas en un atril. Con voz firme y armoniosa, les da la bienvenida, les recuerda lo importante que es respetar las normas y el aprovechamiento de la oportunidad que la vida les ofrece para tener un futuro brillante. A los alumnos de primer curso les desea que la adaptación no les resulte difícil y pide a los de segundo que se involucren en la tarea de ayudar a sus compañeros, como fueron ellos asesorados el curso anterior y se pone a la disposición de todos para resolver cualquier clase de conflicto.

Tras sus breves palabras, todos salen al jardín. Hari no se separa de Mahesh y observa su actitud abierta y sin complejos. También las miradas de algunos con cierta condescendencia y cómo su amigo parece inmune. En algunos momentos hace todo lo posible para no sucumbir al pánico que le asalta. Creía que el contraste no sería tan fuerte como cuando llegó al poblado. Es diferente, pero mayor de lo que pensaba.

Ya en el comedor, mira lo que hacen los demás. En fila van pasando con una bandeja —en la que han puesto un vaso, servilletas y cubiertos— ante varios alimentos entre los que tiene que elegir; luego se sientan en las mesas libres.

Acostumbrado a comer sentado en el suelo y con la mano, el ritual que está presenciando le deja confuso, pero no quiere que se le note y trata de imitar todo lo que ve hacer a su nuevo amigo. Espera salir airoso, no en vano ha estado entrenándose una semana, durante horas, con Rebeca, una joven voluntaria española con la que se ha reído mucho. Cuando tiene los cubiertos en la mano, piensa en ella con gratitud.

Hay pollo y cordero; no todos son vegetarianos. Hari ha comido poca carne en su vida y se decide por legumbres y vegetales. No se le escapa el gesto burlón de algunos, pero intenta que no le afecte.

Nadie se esfuerza por decirles que hay sitio en sus mesas, pero les da igual y se sientan juntos en un ángulo del amplio comedor.

Más que comer, devoran la comida, apenas hablan, se miran y sonríen satisfechos.

—Cuando has llegado a masticar raíces para meter algo en el estómago, esto es gula en estado puro —dice Mahesh con la boca llena.

Al terminar, regresan a su habitación y mientras colocan sus escasas pertenencias en sus armario, Mahesh le comenta lo que opina de las peculiaridades de los profesores y de algunos alumnos. Así van saltando de un tema a otro, riéndose constantemente. No se dan cuenta de cuando llega la hora de cenar y repiten la rutina del mediodía.

Al salir del comedor, Mahesh en vez de dirigirse a la habitación, lo invita al jardín, mucho mayor y más frondoso de lo que parece desde fuera. Se tienden sobre la hierba y están un rato en silencio, hasta que su nuevo amigo le dice que es su lugar preferido.

—Si no fuera por este jardín, no podría vivir aquí.

—Yo no había visto nunca tantos árboles, tan grandes, tan bonitos, ni había sentido la sensación que producen. No puedo describirla aún...

Después se vuelven a quedar en silencio, mirando al cielo por los huecos entre las hojas y las ramas, hasta que comienzan a revolotear leves luces a su alrededor. Hari se levanta de golpe y las luciérnagas desaparecen.

—Quédate quieto —le susurra Mahesh—, quédate quieto y volverán.

Le comenta, casi en silencio, que las visita todas las noches, que le dan la paz y la alegría que a veces le falta.

Regresan a la habitación en silencio, aún recordando lo maravilloso de esas luces voladoras: casi sin darse cuenta, se tumban encima de la cama y bostezan a la vez.

Hari está incómodo, así que se pone en pie y va hacia la ventana. La naturalidad y el sentido del humor de Mahesh le hacen sentir bien y tiene el presentimiento de que van a ser



buenos amigos. Rodeado por la oscuridad, se vuelve hacia él y le dice:

—Gracias por tus consejos, los tendré en cuenta... ¿A qué hora han dicho que nos despertarán mañana?

Un breve ronquido, le anuncia que se ha dormido. Entonces Hari pone la colcha el suelo y se tumba sobre ella.